

CINCUENTA MIL PERSONAS EN EL CENTENARIO

El pueblo recibió y ovacionó a Los Olimareños



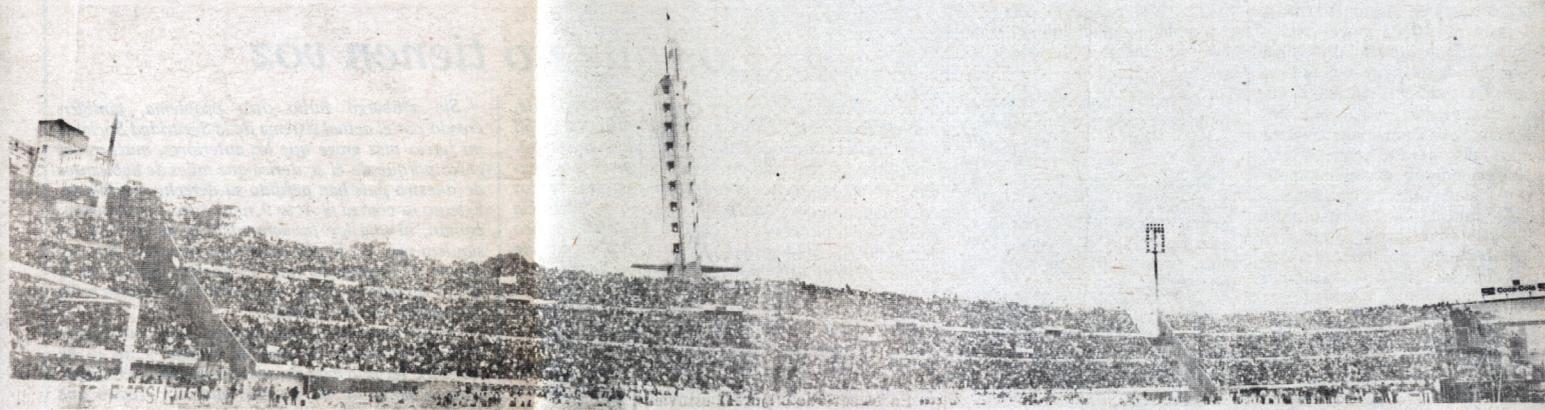
escribe Gerardo Sotelo

Cincuenta mil espectadores fueron testigos presenciales de otro encuentro histórico entre los cantores populares del exilio (en esta caso particular, Los Olimareños) y su pueblo, en un recital que coronó la jornada del viernes 18.

La fiesta comenzó, en realidad, algunas horas antes, cuando el avión que los transportaba se posó en suelo patrio. En el Aeropuerto Internacional de Carrasco, se habían reunido cerca de un millar de personas para recibirlos como ellos se merecen. La adhesión popular pudo palpase entonces, de la misma manera que en todo este tiempo de destierro y silencio forzado, así como en el desarrollo de la caravana que los acompañó hasta el Estadio.

Cientos de autos, cientos y cientos de motocicletas, algunos omnibuses fletados especialmente, camiones, camionetas, en fin, un pueblo que escoltó, como pudo y con la que tuvo a mano a esos hermanos queridos y extrañados.

Braulio López y Pepe Guerra saludaban desde el automóvil en que viajaban, emocionados y nerviosos por la cantidad de gente que salía a saludarlos. En algunos puntos del recorrido (Malvin, Pocitos, Parque Battle) la caravana debía interrumpir su paso por la masa humana que rodeaba a los vehículos que habrían la marcha. Todos querían tocarlos, darles un abrazo. No faltaron a la cita sus viejos compañeros pescadores de Malvin, quienes sacando a la Ramba una de sus canoas, quisieron



testimoniar su permanente recuerdo y cariño. En Pocitos, un joven que pudo acercarse hasta el auto, ofreció a Los Olimareños un verdadero tesoro, a esa altura de la tarde y del cansancio: un mate amargo.

En ese clima tan particular que sabe generar el pueblo uruguayo y donde se mezcla la alegría por el retorno, el reconocimiento por lo hecho en todos estos años y la tensión natural que provoca la expectativa, Los Olimareños llegaron al Estadio Centenario, después de una hora y media de viaje; noventa minutos que serán inolvidables, seguramente, para ellos dos y para todos los que participaron en ese cálido reencuentro.

“Todo esto me emociona, porque representa la adhesión de un pueblo hacia sus cantores preferidos”, comentaba a AQUI Ruben Lena. “Como ayer se dió con Alfredo Zitarrosa, hoy sucede con Los Olimareños y así tendrá que seguir siendo. Naturalmente, por mi cercanía y por los lazos que me unen con Los Olimareños, siento la llegada de ellos como si fueran mis hermanos o mis hijos. A mi no me deben nada, simplemente hemos aprendido juntos, como debe ser en una cultura bien entendida: no hay maestros ni discípulos; todos somos maestros y discípulos a la vez”.

Con su habitual modestia y profundidad conceptual, Lena definía a nivel personal, algo que bien puede extenderse al sentir colectivo.

UN CANTO PLURAL

Cuando se apagaron los focos del Centenario y miles de lucecitas titilando bajo la lluvia apuntaban la ejecución del Himno Nacional, aquello pareció convertirse en una celebración casi religiosa, casi mística. El pueblo estaba allí. Braulio y Pepe estaban allí. Se ponía fin a “una ausencia muy larga”, porque el pueblo lo quiso y porque ellos se lo ganaron.

Casi nadie lo duda, por fortuna, pero igualmente es oportuno decirlo: cincuenta mil personas en un recital de música popular es, en nuestro país, una mayoría contundente. Demasiado contundente, si



se nos permite esta expresión tan poco académica, como para discutir algunas cosas. En definitiva, lo único cierto que hay en todo esto es que la multitud, que no se fue con la lluvia el viernes pasado, cantó a coro con dos de sus más queridos cantores, un puñado de canciones que ya forman parte de un entrañable acervo. Sucedió con “A Don José”, “Adios mi barrio”, “Orejano”, “Ta'llorando”, “Angelitos Negros”, “Al Paco Bilbao”, por ejemplo, a pesar de las lógicas imperfecciones en la interpretación. En aquellas condiciones, ni Los Olimareños ni nadie podrían haber logrado un resultado mejor.

Pero ese espíritu que alentó la gente desde las tribunas, ese mismo espíritu que hizo posible la firmeza y el arrojo frente al autoritarismo, marcó la pauta en el Estadio o en la calle. Y cuando algunas voces se alzan para señalar conductas a Los Olimareños por

lo que hicieron o no hicieron esa noche, aún reconociendo el derecho que cada uno tiene de pensar lo que se le antoje, sólo pueden formularse ciertas preguntas: ¿no fueron suficientes las demostraciones de compromiso y responsabilidad militante de Los Olimareños en estos veintitantos años que llevan cantando? ¿No han puesto en riesgo su tranquilidad y hasta sus vidas con sobrada generosidad? ¿Quién arroja, entonces, la primera piedra? ¿Con qué derecho?

Pero es conveniente y preferible, culminar esta nota volviendo sobre el espectáculo propiamente dicho. El repertorio, similar al desarrollado el pasado fin de semana en Buenos Aires, estaba integrado por algunas de las más populares interpretaciones del dúo. A los temas citados líneas arriba, habría que agregar, por recordar simplemente los más aplaudidos, “Yacumensa”, “Rumbo”, “Isla Patru-

lla”, y dos que forman parte de un disco a editarse en nuestro medio a la brevedad: “Un estandarte de luz” (canción carnalera compuesta por Braulio en reconocimiento a quienes han trabajado en nuestro país en materia de música popular) y “La murga compañera” (“retirada” de “Araca la Cana” que ellos recrean y para cuya interpretación contaron con el concurso de la batería de dicha murga).

Para la mayoría de los concurrentes, aquella fue la primera vez que escucharon “en vivo” a Los Olimareños, y con ellos cantaron a voz en cuello. Esto es también un elemento de contundente elocuencia, porque ese diálogo, esa comunicación profundísima entre público (joven o no) y artistas, sabe encontrar su manera, cabalgando incluso por sobre los inconvenientes circunstanciales. A partir de setiembre u octubre, cuando Los

Olimareños vuelvan definitivamente a vivir entre nosotros, va a comenzar una nueva etapa en sus vidas, como artistas y como hombres. Ellos mismos entienden que, una vez aquí, van a tener que tomarse un tiempo para descansar, “asentarse un poco y retomar ciertas cosas, ciertos valores”. Los Olimareños están esperando este momento más que nadie. Si estuvieron entre nosotros el viernes pasado, fue únicamente por el deseo urgente de volver al paísito, deseo que vive en el corazón de cada uno de los exiliados uruguayos, y no por un afán de lucro desmedido, como algún maledicente pudo haber sugerido por allí con insospechada cobardía.

Pero volverán en setiembre, octubre o noviembre. Más que eso: compartirán con el pueblo uruguayo, el que supo “aguaitarlos” por tanto tiempo, la responsabilidad de construir el país del mañana. ♦

